

ciudad inconsciente de la multitud, que, cuando está compuesta de gente del pueblo, grita al torero «¡cobarde, éntrale! ¡Lo matas tú o lo mato yo?» Y cuando está formada por individuos de clases superiores, sonríe humorísticamente, y deja ver la ironía, el recelo ofensivo...

Aun por eso me parece discretísima, si bien tardía, la resolución del Real Aero-Club de no prestar su concurso oficial a ninguna prueba que se verifique en público y con aspecto de solemnidad mundana. Cuando se juega la vida, todas las precauciones son pocas. Las muchedumbres son siempre culpables en su egoísmo, aunque cada uno de los individuos que las componen esté animado de los mejores sentimientos y sea capaz hasta del sacrificio.

Madrid sigue engalanado con colgaduras blancas — compuestas de una variedad de prendas en que, cuando menos, domina este color, propio de ropas interiores.

Cuelgan de los balcones andrajos, camisas, calzoncillos, almillas, sábanas, entremezcladas con algún calcetín de vivo tono, o alguna camisola policromada. Está prohibido, es cierto, por las ordenanzas municipales tal abuso; pero las ordenanzas municipales deben haber sido hechas para eso; para infringirlas, porque ahí está el fino toque del gusto, en este país desobediente por rachas.

Habréis oído hablar de que, en otras épocas, existían clases privilegiadas, que eran las de mayor altura social. Yo no sé si eso sucedió antaño; pero aseguro que, hogaño, es todo lo contrario lo que sucede.

A los ricos y poderosos, o que lo parecen, es a quienes se les obliga a sujetarse a una multitud de prescripciones que serán acertadas, no digo lo contrario, por más de que algunos lo dudan; pero que dificultan la vida en la villa coronada. No hay medio de ir en coche por parte alguna; está siempre enfrente un guardia, para hacer retroceder al vehículo, y que quien lo ocupa pierda una hora en dar la vuelta por calles inverosímiles. Esto se cumple con un celo extraordinario, sin tolerar la menor infracción. Un coche, un automóvil, no pueden aguardar a su dueño en el lugar dónde éste se baja: así lluvia, así haga un frío glacial, el coche es mandado retirar mucho más lejos, y es el dueño el que, a pie y mojándose, ha de ir a buscar el coche, que no puede «arrimar» porque se lo prohíbe el agente...

Los coches y automóviles son altamente impopulares; se les acusa de mil tropelías. Pero la autoridad nada hace para impedir que tales tropelías se produzcan fatalmente, porque el público de a pie las provoca, con temeridad. La gente, en vez de ir por la acera, va muy oronda por el arroyo, en los sitios más céntricos, más concurridos; la gente, en lugar de apartarse cuando oye la bocina de un automóvil, se queda impávida y riéndose del chiste de que el artilugio se le venga encima; la gente torea al artilugio, en especial los chiquillos, y se le planta delante, abriéndose de brazos, ya que no de capa; y los guardias lo ven, y permanecen como postes; y ven la aglomeración de coches, y no hacen parar un instante a todos, para que pase a la otra acera la gente de a pie... Verdad es que la gente de a pie no quiere ir por la acera, así la maten.

Y ven los guardias, con la misma beatífica tranquilidad, colgar racimos de chicos de la trasera de los tranvías, y los dejan, expuestos a que uno se caiga y, sin la menor culpa, lo arrolle el automóvil que viene detrás... De esto no se ocupan, como no se ocupan de las variadas cortinas de ropa blanca que guarnecen persianas y balcones. El único cuidado que parece apremiarles, es el de que un coche se vaya lo más lejos posible de su dueño, cuando éste se baja en una tienda. Y por eso digo yo que las clases privilegiadas, en el día, no son precisamente las que gastan coche.

Apruebo lo que redunde en pro del orden, lo que tienda a garantizar el derecho de todos; pero desapruébo las diferencias. Si la ley, las disposiciones de buen gobierno, las ordenanzas, deben cumplirse, no haya excepciones. Y desaparezcan contravenciones tan feas y de efecto tan malo como estas colgaduras, que hacen de Madrid una especie de aduar.

Cuando leemos doquiera que Polonia ha resucitado, que ya es libre, que la mártir ha dejado de sufrir — (y no todos están conformes en que así sea) — leemos en la prensa que Enrique Sienkiewicz ha muerto, a consecuencia de un ataque cardíaco.

Sienkiewicz tenía ahora setenta años. Vino al mundo en el de 1846. Y el libro que divulgó su nombre y su fama, fué la novela del tiempo de Ne-

rón, titulada *Quo vadis?* Infinidad de traducciones, cientos de ediciones, consagraron la gloria de esta ficción, que valió a su autor el premio Nobel.

En tal novela, los aficionados vimos un reflejo de algunas otras obras de asunto análogo, verbigracia, la tan conocida *Fabiola* o *la Iglesia de las Catacumbas*, de Wiseman y ciertas reminiscencias de la *Actea*, de Dumas. No por eso nos pareció menos atractiva la fábula del autor polaco. Hasta encontramos que el tiempo transcurrido entre la publicación de sus probables modelos y la de *Quo vadis?*, redundaba en beneficio de esta obra, pues la documentación, la escenografía y el color local eran más esmerados, completos e intensos. Un arte mayor se observaba en *Quo vadis?*, y también había que alabar en la novela más desenfadado y realismo, al describir las costumbres de la Roma imperial, veladas en *Fabiola*, atenuadas en *Actea*, y en *Quo vadis?* presentadas con todo realce.

Y esto se lo agradecemos muy de veras a Sienkiewicz los que creemos que la novela católica debe escribirse con todo el nervio y enjundia de verdad que requiere el Arte; los que odiamos la novela blanca, la novela azul y la novela rosa. Sienkiewicz hizo sentir la dramática belleza de aquellos primeros tiempos de la difusión apostólica del Cristianismo, sin ñoñeces y sin mojar la pluma en agua bendita. Nuestro Señor, a quien sirvió, se lo premie.

Otras novelas produjo Sienkiewicz, que, sin alcanzar la ruidosa fama de *Quo vadis?*, merecen ser leídas con admiración. La titulada *A sangre y fuego* (título que aquí se traduce torpemente *Por el hierro y por el fuego*, pero debe traducirse como queda dicho), es un poema trágico, en que hay episodios y personajes cómicos, interesantísimos, y escenas de una fuerza horrible, que causan escalofrío. Quizás está más adobada, mejor preparada, la materia de *Quo vadis?*; pero hay mayor espontaneidad en la epopeya de raza *A sangre y fuego*.

Y la humilde realidad, la vida de las clases pobres y necesitadas de emigrar para vivir, está admirablemente retratada en la novela *Por el pan*, que no es de las más conocidas de su autor. Yo admiré esta novela, porque encontré que los polacos emigrantes de Sienkiewicz presentaban marcados rasgos de semejanza con los gallegos emigrantes también. No pudiendo esta similitud ser caprichosa, ni conociendo el autor a los emigrantes de la costa gallega, las analogías sorprendentes tienen que ser fruto de la fidelidad de observación y fina sensibilidad del novelista.

A pesar de que Sienkiewicz escribió una obra — que no conozco — titulada *Nadie es profeta en su tierra*, si nos atenemos a lo que la prensa ha publicado varias veces, él fué profeta en la suya. Polonia cifraba en Sienkiewicz sus anhelos de libertad, de independencia, de nacionalidad. Por suscripción le regaló una morada lujosa donde acabase sus días rodeado de dignidad. No murió en ella el novelista, si es cierto, como en los primeros momentos se dice, que falleció en Austria, donde estaba refugiado.

La cara de Sienkiewicz, entre militar y romántica, responde perfectamente a la idea que de una Polonia heroica nos formamos. Y el escritor responde también, cumplidamente, a las aspiraciones de la raza a sus temas fundamentales, el catolicismo y la energía de resistencia. Una novelista notable, la señora Réval, en su obra *La bachillera en Polonia*, ha pintado a lo vivo esta manera de ser, al cantar cómo, en la insurrección de los Cadetes, que entran espada en mano en el castillo donde reside el gran duque Pablo, su tirano del momento, no logran cogerle porque se oculta tras de las faldas de las damas de la Corte, a las cuales los insurrectos no sólo no hacen el menor daño, sino que saludan con galantería caballeresca.

Y en sus poemas, en sus escritores, encontró Polonia a los que sostuvieron sus ideas de libertad y redención. Los cantos fogosos del romántico Mickiewicz alentaron a sus combatientes, y el pueblo repitió las baladas labriegas de Brodzinsky:

«Devuélveme, hijo mío, mi arado y mi azada: ¡aun tendré ánimos para trabajar! Soy solo ahora para la labranza, pero ya que no hay remedio, trataré de cuidar de mi choza. Mira allá abajo: en un solitario valle, yace una armadura cubierta de orín. La enterré en fatal momento, para desenterrarla en días mejores. Que pueda yo ver cómo la vistes, y mis trémulas manos se alzarán al cielo; olvidaré que hemos perdido nuestra libertad, y diré «¡La Patria nos será devuelta!»

Sienkiewicz, al menos — ¿será verdad? — ha visto, antes de morir, que le devolvían la patria...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido nota triste, la muerte trágica del joven marqués de Vallecerrato, aplastado bajo su monoplano, cuando estaba realizando la prueba exigida para obtener el diploma de piloto aviador.

Este arrojado muchacho había corrido, en su corta vida de treinta y un años, no pocos riesgos, y hasta los había buscado, por ese impulso que siente el hombre de afirmar a toda costa su energía. Cazador en climas remotos, motorista intrépido, fué del número de los aristócratas que se alistaron como voluntarios, para la guerra de África, en la crítica hora del Barranco del Lobo. Bien cumplido el deber patriótico, ahora quería emprender la aventura del aire.

Para mí, no existe otra tan pavorosa. Me siento animal terrestre, pegado a la corteza del planeta como una planta. La sola idea de verme entre el Empíreo y el suelo, me escalofría. Entra por mucho en ello el pensar que, dentro de una aeronave, no hay medio de andar, de adoptar posturas cómodas, de hacer lo que sea necesario sino estar sujeto y como formando parte de toda aquella maquinaria. No soy de las personas más cobardes, pero el deporte aéreo me pone carne de gallina.

En fin, no pensaba así el desventurado marqués. Al contrario: su propósito de volar era firme y decidido. Bien lo probó su mal suceso.

Elió para su empresa el aeródromo civil de Getafe, y una mañana clara, dorada y magnífica de este noviembre, que ahora comienza a torcer el gesto, pero que ha sonreído gentilmente durante la primera mitad de su curso. Y acudieron infinitos espectadores, muchos con carácter de invitados; y entre el concurso figuraban, doloroso detalle, cuatro hermanos de la víctima, y también parientes muy próximos, que presenciaron su horrible caída, de veinte metros de altura, y ayudaron a desenredar sus restos magullados y deshechos de entre la maraña del aparato inutilizado y roto.

Acerca de los motivos que determinaron la catástrofe, se ha hablado mucho, y no sólo se ha hablado, sino que se ha escrito, categóricamente, en periódicos de gran circulación. El aparato, por lo que se ha visto, no estaba en condiciones. Las pruebas exigidas, eran difíciles, más arduas de lo necesario. La llamada de los «ochos» se pedía con record de tiempo, lo cual no era, por lo visto, habitual. Y, particularidad todavía más censurable: entre los espectadores, hubo ciertos movimientos de impaciencia, entre bromas y veras, ante las dilaciones que imponía el hecho de las deficiencias del aparato, a fin de remediarlas y evitar que envolviesen tan grave peligro de la vida del neófito.

¡La gente! No es que sea maligna, no es que sea delincuente de intención... Pero ¡cuántas veces su ligereza, su aturdimiento, su egoísmo, lanzan al pun-donoroso a desdén toda prudencia!

Así debió de suceder en el caso del marqués de Vallecerrato, que indudablemente pensó lo que en casos análogos se piensa: «¡Ea, a terminar, y suceda lo que suceda! No crean que tengo miedo y que estoy retardando el lance.»

Había que retardarlo; había que arreglar, que probar el segundo motor, visiblemente casi inútil, o que no funcionaba como era debido; pero ¿a qué hora se acabaría entonces la prueba? ¿A qué hora se almorzaría? ¿Qué gruñirían los que pensaban presenciar un espectáculo de gallardía, y presenciaban un pesado ensayo sin lucimiento?

Todos estos estímulos impulsaron al infeliz deportista. Subiría, sin esperar a que un Profesor ya experto probase el motor que no rendía trabajo. Subiría... ¡y que fuese lo que Dios quisiera!

Es doblemente lastimoso que haya perecido un hombre tan resuelto, con inclinaciones tan nobles hacia todo lo que puede redundar en gloria y heroísmo. Y que haya perecido víctima de esa compli-